



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Paredes Chavarría, Elia Acacia (1995)**  
**“LA ENSEÑANZA-APRENDIZAJE DE LA LITERATURA  
EN EL BACHILLERATO”**  
**en Perfiles Educativos, No. 68 pp. 49-51.**

## LA ENSEÑANZA APRENDIZAJE DE LA LITERATURA EN EL BACHILLERATO

Elia Acacia PAREDES CHAVARRÍA\*

*«...uno de los grandes problemas de la humanidad es la falta de tiempo, la escasez de paciencia, la falta de reflexión...»*

*Palabras de Gabriel García Márquez en entrevista para el periódico El País.*

*Se ha confundido a la enseñanza de la lengua con la pura enseñanza de la gramática, lo que ha contribuido al deterioro de las habilidades de uso de la lengua en los alumnos, y a que la materia les resulte poco o nada significativa*

*La maestra Elia Paredes subraya aquí el compromiso del cuidado en el uso del idioma y el gusto por la literatura «debería ser un trabajo compartido a lo largo de toda la estructura educativa».*



**THE TEACHING-LEARNING OF LITERATURE IN PREPARATORY SCHOOL.** *The teaching of language has been mistaken with the teaching of grammar, thus affecting the students' development of their skills in the use of language, in addition to the fact that the subject turns out to be of little or no interest whatsoever.*

*The teacher Elia Paredes stresses the importance of the commitment with, the teaching of language and the teaching of literature, which, she believes, «should be studied in a related way all along the educational structures».*

Creo que todos nos podemos contemplar en las aguas de este espejo... Insuficiencia de tiempo y paciencia para analizar. Discernir y revalorar su misión es también el problema del profesor de literatura quien enfrentado, además, a la saturación de información indiscriminada y a veces casi críptica, prefiere, las más de las veces, huir y mantenerse dentro de los estrechos límites de una enseñanza vana y rutinaria que, a pesar de los esfuerzos de actualización pedagógica, se sigue manteniendo como la más socorrida en buena parte de las instituciones educativas del país.

Y, mientras tanto, la amarga queja generalizada sobre las deficiencias de los alumnos en el dominio de habilidades elementales de uso de la lengua se escuchan por todas partes: alumnos egresados del bachillerato que rechazan lecturas densas, poseedores de un vocabulario escaso, ortografía deprimente, redacción inconexa, expresión oral limitada y plagada de barbarismos, y, en cuanto a la literatura, el alumno pareciera haber quedado vacunado contra la lectura literaria a la que parangona con pérdida de tiempo, pues nunca logró descubrir en sus escasas lecturas algo más que una imposición ineludible.

---

\* Profesora de la Escuela Nacional Preparatoria.

El «chambismo», entendido como saturación de horas-clase, la carga de actividades extra, las preocupaciones domésticas, restan tiempo al profesor para reflexionar sobre las finalidades de su enseñanza; sobre las razones que justifican la ubicación de la lengua y la literatura en el plan de estudios de todos los bachilleratos del mundo; sobre los propósitos que debe consumir en su tarea.

Nos encontramos así frente a un panorama común de inconsciencia e inconsistencia que a fuerza de repetirse se vuelve normalidad y hecho aceptado por cotidiano, panorama que, sin duda, tiene afortunadas excepciones, pero que ha caracterizado a la enseñanza de la lengua y la literatura en las últimas décadas.

Se ha confundido a la enseñanza de la lengua con la pura enseñanza de la gramática y, en el caso de la Escuela Nacional Preparatoria, con la sola información sobre la literatura unida a unas cuantas lecturas en el mejor de los casos, con la idea de que su síntesis -las más de las ocasiones sin revisión-, será suficiente para un aprendizaje indirecto de la lengua. Los ires y venires de la moda trajeron triunfalmente a la lingüística como esperanza redentora sin asegurarse de sus resultados; cuando esta ya había comenzado a enjuiciarse desde años antes en el país del norte llegó a nuestro país como sorprendente novedad. Pero ni gramática ni lingüística han podido evitar el deterioro de las habilidades de uso de la lengua en los alumnos, no porque no sean útiles, sino porque el tiempo excesivo que se tenía que dedicar a enseñar su nomenclatura ocupaba el espacio necesario para el uso práctico de la lengua y a su constante reconducción que son claves en este aprendizaje. En muchas ocasiones, como dijimos, la gramática misma y la práctica de la lengua fueron sustituidas por la historiografía de la literatura.

Por otra parte, los grupos excesivamente numerosos (se dan casos de grupos de 80 alumnos o más), y programas demasiado extensos y rígidos han impedido al profesor de lengua aceptar el reto del trabajo concienzudo y delicado que la reconducción continua de la redacción y de la expresión oral demandan, por lo que se requiere trazar estrategias didácticas idóneas para grupos densos, y agilizar la aprobación de programas más flexibles y realistas.

El compromiso del cuidado en el uso del idioma debería ser un trabajo compartido a lo largo de toda la estructura educativa, tanto en necesaria vertebración con niveles antecedentes como la secundaria y la primaria, como con todo el aparato docente de educación media superior y superior para alcanzar verdaderos resultados homogéneos; pero ni es fácil lograr tal vertebración, -prejuicios, instancias herméticas, saturación nuevamente de actividades en los interesados- ni tampoco se ha propiciado suficientemente el interdisciplinario.

Las deficiencias en la preparación pedagógica de los profesores universitarios siguen aún sin subsanarse. Algunos tienden incluso a menospreciar el conocimiento pedagógico como innecesario y hasta el tiempo dedicado en nuestra Facultad de Filosofía y Letras para su estudio, es casi ridículo, a pesar de que bien se sabe que aproximadamente un 80 por ciento de sus egresados termina dando clases. La casi única pedagogía que practica un recién egresado de la facultad es la emulación de sus profesores admirados que traslada irreflexivamente a un nivel anterior generando conflictos y rechazo a la materia.

La ausencia de correspondencia entre lo que se pretende enseñar y las necesidades sociales permite que los gustos lingüísticos y literarios del profesor priven sobre cualquier otro factor y al ignorar gustos y necesidades de los alumnos, éstos no pueden reconocer a la materia como significativa.

La enseñanza de la literatura se ha venido nutriendo de dos tendencias: o se enseña historiografía de la literatura ejemplificada con una serie de fragmentos que fuera de contexto suenan extraños, o, la menos frecuente, la de la atención exclusiva en un análisis formalista que no logra arribar a la síntesis y la interpretación, todo ello acompañado de la carencia de perspectivas holísticas auxiliares para una comprensión global del fenómeno literario, el cual se separa así de útiles componentes histórico-contextuales.

Si propósito importante de los programas de literatura es el de contribuir a la formación integral del alumno y auxiliarle en la configuración de su visión del mundo, y otro, el de desarrollar en él el hábito de la buena lectura, ni la mera descripción historiográfica ni la minuciosa tarea de desarticular la obra sin concretar una interpretación pueden *per sé* lograr otra cosa que matar el gusto literario cuando se llevan a exceso. Ambos medios deben cuajar en visiones articuladoras de los diversos valores de la obra incluyendo el lenguaje, la estructura, la anécdota, la relación con la vida y con el contexto y el placer de disfrutar la creación estética, sin que el peso de un solo aspecto limite la posibilidad de articulación.

Para unir mejor literatura y vida, es necesario rescatar la importancia del receptor o perceptor de la obra, en este caso, el alumno; ubicar sus intereses y necesidades. La mayoría de los actos didácticos de literatura se efectúan primordialmente a partir del sujeto que enseña, con una exclusiva selección que rara vez considera el punto de vista y necesidades del receptor, por lo que el circuito comunicativo entre profesor y alumno sólo es superficial.

La teoría de la recepción nos revela una larga serie de intermediarios entre autor y lector: filólogos, críticos, editores, programas y profesores que tamizan extremadamente el producto literario que «debe» llegar a los alumnos y sin considerar la opinión de estos últimos les imponen sus marcas de selección y calidad.

Aun cuando esta preselección pudiera tener sus cualidades es tarea del profesor considerar la participación del alumno o, por lo menos, explicar las razones de su selección junto con otras respuestas o preguntas que el propio profesor debe conocer y explicar como: ¿qué es la literatura?, ¿por qué y para qué enseñamos literatura?, ¿qué factores suponemos que determinan la calidad de una obra?, ¿qué valores subsisten también en la literatura popular?, ¿qué efectos y defectos o posibles aportaciones están presentes en la subliteratura que cautiva y condiciona gustos y actitudes a nivel planetario?

El profesor debe tener conciencia de todas las formas que adopta la dominación, incluso la que él mismo fomenta. Debe ser un crítico constante de su cátedra y de su mundo; pero también debe construir; debe enseñar a crear conocimiento, es decir, a pensar, imaginar y concretar en productos pensamientos e imaginación. Aquí juega un papel importante inducir también a la duda, la reflexión y la investigación.

Si la cultura puede considerarse como un proceso social de producción debemos motivarnos y motivar a los alumnos para intentar una activa participación en investigar y crear productos culturales. Proporcionar a los alumnos conocimientos básicos y esenciales para la indagación de causas, fenómenos e interrelaciones de los hechos siempre con la mira puesta en una transformación positiva de la naturaleza cultural que circunstancia a la sociedad.

Para lograr un proceso de enseñanza-aprendizaje verdaderamente crítico y creador, el profesor debe considerar y estimular la participación de los alumnos. Fomentar el trabajo interdisciplinario no sólo enriquece al profesorado, sino que también ayuda a abrir perspectivas unilaterales y parciales en la investigación y en la creatividad.

El profesor de literatura debe saber detener el paso, en medio del torbellino de sus actividades cotidianas, para reflexionar sobre su quehacer, sobre la trascendencia de su tarea, sobre la necesidad de actualizarse continuamente tanto en su especialidad como pedagógicamente.

La escasez de tiempo y la saturación de obligaciones obstaculizan tanto la reflexión como la necesaria actualización de los docentes. La actualización docente debería probar medidas más audaces para acceder al profesor: educación a distancia, grabaciones que el profesor pueda escuchar mientras viaja de un plantel a otro, videocursos, etcétera.

Por parte de la institución se deben fomentar las reuniones colegiadas e intercolegiadas para analizar, proyectar y evaluar el trabajo educativo y para intercambiar experiencias didácticas.

La Escuela Nacional Preparatoria y, en especial, el Colegio de Literatura, con base en los programas modificados de su área, ha comenzado a lograr algunos avances; pero falta aún muchísimo camino por recorrer.